

EL CASCABEL

PERIÓDICO POLÍTICO Y LITERARIO DIRIGIDO POR

DON CARLOS FRONTAURA



DIRECCION
Plaza de Matute, núm. 2.

NÚMERO SUELTO, DOS CUARTOS
EN TODA ESPAÑA

ADMINISTRACION
Plaza de Matute, núm. 2.

COSAS DEL DÍA

Desde nuestra última entrevista, mis queridos lectores, no ha habido ningun cambio ministerial, y esto es natural que les sorprenda á Vds. tanto como á mí, porque ya todos nos íbamos acostumbrando á ver cómo en España se muda de gobierno una vez por lo ménos á la semana. Por lo visto, la presente tendremos que pasarla con el mismo ministerio de la anterior.

Pero el trasiego de empleados sigue en tales proporciones, que da gozo el verlo. A mí me divierte mucho ver todas las mañanas la *Gaceta*, y no dejo de admirar el grado de prosperidad á que ha llegado nuestra nacion.

—Pero, señor, digo asombrado, ¡cuántos empleados gordos teníamos en España, con treinta mil, con cuarenta mil, con cincuenta mil, con sesenta mil reales de sueldo! ¡Y todavía habrá quien diga que España es una nacion pobre, cuando mantiene ese innumerable ejército de servidores casi inútiles (hablo de los de gran sueldo), puesto que no se ocupan en nada de provecho?

Paréceme á mí que así como España podia en un caso de apuro prestar generales á todas las naciones del globo, los bastantes para mandar todos sus ejércitos, sin que en el nuestro se sintiera la falta, del mismo modo con los empleados que le sobran podria surtir todas las oficinas del globo terráqueo é islas adyacentes. Cuando pienso en esto me envanezco de ser español y de haber nacido en esta tierra clásica de los empleados.

¡Ah! si las guerras de conquista se hicieran sólo con empleados, ¡qué nacion del mundo podria resistir el empuje de nuestro brillantísimo y numerosísimo personal administrativo? ¡Qué tardaríamos en hacernos dueños de todo el mundo civilizado y por civilizar?

Pero hablemos de otra cosa: es necesario resignarse con la idea de que tantos y tantos empleados sólo nos sirven para devorar un presupuesto colosal, y hacer cada día más insoportables las contribuciones que afligen al

pobre labrador, al propietario, al industrial y al comerciante.

Los señores que han subido ahora á mandar habian ofrecido al país grandísimas economías, rebajando los sueldos y disminuyendo el número de empleados. ¡Para el bobo que se fie de estos políticos endiablados! Ahora resulta que efectivamente han despedido á todos los empleados; pero ha sido para poner en su lugar á sus amigos y favoritos con los mismos ó mayores sueldos que tenian los otros.

No; lo que es á mí no me han dado chasco. Desde que fueron la otra vez ministros, por obra y gracia de la gloriosa y empedernida y nunca bastante llorada revolucion, les tenia conocidos, y ora se me presentasen con el nombre de progresistas, ó con el de cimbreros, ó con el de radicales, sabia que habian de hacer buenos á los que se marcharon, á aquellos que reunieron las Cortes lázaras, que no llegaron á soltar los andadores, y eso que el diablo no tenia por donde desecharlos.

Estos señores radicales, que la tiran de despreocupados, Dios ponga tiento en sus manos pecadoras, porque si no paréceme que han de llegar días de prueba para la infeliz España.

Por de pronto tienen Vds. en el ministerio á aquel ingeniero que descubrió la trenza chamuscada, y que quiso desterrar de las escuelas el catecismo de la doctrina cristiana por reaccionario.

Ahora dicen que es preciso separar á la Iglesia del Estado. Bastante separada la tenian ya los revolucionarios, puesto que no le pagan al clero su asignacion; pero pareciéndoles que esto es poco, todavía quieren separarla más. No entiendo bien qué género de separacion será esta que proyecten estos separadores. Acaso quieran prohibir que salgan por las calles las procesiones católicas, como en los primeros días de la gloriosa quisieron hacerlo algunos ayuntamientos: tal vez piensen en derribar las iglesias que quedan, ó establecer en ellas reñideros de gallos ó tertulias progresistas.



De los planes del nuevo gobierno, que ya se va haciendo viejo, puesto que lleva agarrado al poder dos semanas, no conocemos todavía más que la circular que ha circulado el Sr. Ruiz Zorrilla; pero á mi me basta la muestra para conocer el paño.

¡Famosa circular! Está chorreando liberalismo por las cuatro puntas. Promete muchísima libertad, que me temo llegue á convertirse en licencia; dice que la doctrina democrática es la panacea universal para curar todos los males, como si dijéramos, la Revalenta arábiga, ó el Aceite de bellotas con savia de coco ecuatorial, maravilloso antídoto para sanar á los pueblos. Advierte que no se olvidará de armar á muchos milicianos, con lo cual los republicanos han abierto tanto ojo y los carlistas se han frotado las manos de gusto.

Y tienen razon; para ellos esto es una gran economía. Si el gobierno arma á todo bicho viviente en los pueblos, los facciosos no necesitarán ir á comprar fusiles al extranjero, que pudieran dárselos caros y malos.

¡Ahí es nada la economía!

Por supuesto que el gobierno confía en que apenas lean su circular los carlistas y se convenzan de que las libertades democráticas están aseguradas, les ha de faltar tiempo para acudir á deponer las armas y rendir pleito homenaje á la situación amadeista radical. Se necesita mucha candidez para abrigar semejante confianza.

Pero todavía dice más la circular. Nos dirige á los católicos una catilinaria llamándonos intolerantes y fanáticos, y nos advierte que no consentirá que vayamos á perturbar el ejercicio de otros cultos á los españoles que no profesen el nuestro. Pero, señor, ¿para qué país escribirá el autor de la circular? ¿Pues no sabe que los católicos somos todos los españoles, y que mal podremos turbar el ejercicio de otros cultos, cuando en España no hay más culto que el nuestro? Lo que importa es que el gobierno no nos moleste en el piadoso ejercicio de nuestras devociones, y pague honradamente lo que está obligado á pagar al clero pacífico y que no se echa por esos campos á hacer la guerra.

También dice que establecerá el jurado cuando tenga tiempo para ello, y que pensará en la abolición de las quintas allá cuando estén constituidas las Cortes que todavía no ha pensado en elegir. Parece que esto va demasiado despacio, y será lo mejor que pueda suceder.

¡Ya lo creo! Sería una gran ventaja el que no hubiera quintas: también lo sería el que no hubiera contribuciones, y no sería malo el que pudieran abolirse las pulmonías y el que se descubriera el maravilloso elixir de la vida para que en adelante no se muriera nadie.

Si á pasear nos fuéramos por el jardín de las ilusiones, también sería muy conveniente que no hubiera políticos, ni motines, ni revolucionarios, ni radicales.



Y hablando de otra cosa, los revolucionarios, sagastinos y unionistas, están que trinan, no sólo contra el ministerio radical que los ha quitado el pan, sino contra el

inquilino de la Plaza de Oriente, que ha permitido tal desaguisado. Lo que está pasando es, según ellos dicen, un escándalo intolerable, es una burla hecha al país, que eligió—libremente por supuesto—unas Cortes conservadoras, que con una sola plumada tratan de disolver los nuevos consejeros de D. Amadeo.

—Que miren bien lo que van á hacer, dicen, porque les armaremos el escándalo hache. La situación económica no está legalizada, los presupuestos no se han aprobado, á los pueblos no se les puede obligar á que paguen contribuciones que no han aprobado las Cortes, el gobierno no está autorizado para contraer empréstitos, y nosotros, si nos disuelven, aconsejaremos al país que no pague, y á los capitalistas extranjeros les advertiremos que no hemos de reconocer la legitimidad de sus créditos si prestan un ochavo al gobierno radical... Conque así, mucho ojo con lo que se hace.

Antójaseme que la cosa se va poniendo oscura y endiablada: con estos juegos peligrosos se principió en 1868, y ya vieron Vds. el resultado.

Por otra parte, los republicanos de pelo en pecho juran y perjuran que han de hacer inmediatamente la revolución violenta, y que no quedará un radical para contarlos. Los carlistas siguen ternes con sus partidas, y tienen atemorizada á Cataluña, y se pasean á su gusto por la Mancha: los socialistas arman la marimorena en Jerez. y... en fin, les digo á Vds. que esto se pone feo y no me gusta.



El que más compasión me da es un señor que vive casi aislado de todo el mundo, allá á un extremo de Madrid. Y digo que vive aislado, no porque le falte gente alrededor, sino porque ninguno de los que le rodean y le molestan con continuas exigencias, y le aturden, ya con adulaciones ó con amenazas, ninguno de ellos es amigo suyo, ni á ninguno le importa un comino su suerte.

No: aquel buen señor no tiene amigos: si tuviera uno sólo, ya le habría aconsejado que enviase á paseo ó á divertirse con una mona á los unos y á los otros, á sagastinos y zorrillistas, y se fuera él á vivir tranquilo, sin odios de nadie, sin parásitos, sin pretendientes, sin falsos amigos y sin tenaces enemigos.

Digo, me parece á mí; si me equivoco, no lo lleven ustedes á mal.

LO QUE SE DICE.

- Dígame V., ¿qué tal está el señorito?
 —Atortolado.
 —¿Qué le parecen los radicales?...
 —No los puedo ver; los traga á *fortiori* como el italiano.
 —Pero, ¿no dice nada?...
 —Casi nada; dice que le han engañado.

—Y tiene razon.
 —Que le engañan todos.
 —Justamente.
 —Hombre, mire V., yo no le quiero mal.
 —Ni yo tampoco ; es un buen chico.
 —Pero que se vaya, hombre, que se vaya.
 —Si, señor, que se vaya, y decirle esto es ser muy amigo suyo,
 —Pues expresiones al señorito.
 —De parte de V. serán dadas.
 —¡Y que tome radicales!...
 —Sí, que ellos le darán el pago en cuanto les diga un dia : *soy contrario*.



—Marquesa, ¿cuándo nos vamos á las Arenas?...
 —¡Ay! amigo mio, buena falta me hace, pero, hijo, los carlistas...
 —Sabe V. que yo voy á proponer una cosa?
 —¿Cuál?...
 —Voy á proponer un convenio entre los carlistas y los bañistas, por el cual se obliguen aquellos á no parecer por los sitios donde haya baños, ni cortar los ferro-carriles que conduzcan á esos sitios.
 —Diga V., y los bañistas, ¿á qué nos obligaremos por ese convenio respecto de los carlistas?
 —Podemos ofrecerles en cambio pagar cada bañista dos boinas, y abrir una suscripcion para regalar á D. Carlos un sable.
 —No me parece mala idea. Propóngala V.
 —Y aceptarán, porque entre los carlistas los hay muy finos.



—¿Y su hijo de V., doña Hermenegilda?...
 —Bueno, ahora se marcha.
 —¿Sí?...
 —Si, señora, y me alegro mucho, á ver si sienta la cabeza. ¡Jesus! lo que he pasado con ese muchacho... Sin querer estudiar nunca... Siempre reprobado... Pero, en fin, se metió en todos estos belenes...
 —¿Y ha sentado plaza?...
 —¡Cá! no señora; le han hecho gobernador.



—¿Qué me dice V. de la caida de Sagasta?
 —Nada.
 —¿Y de la subida de Ruiz Zorrilla?
 —Lo mismo.
 —¿Y de la circular de ese caballero?
 —Ni palabra.
 —¿Y de la disolucion de Córtes?
 —Ni jota.
 —¿Y de D. Amadeo?
 —Ni esto.
 —Pero, hombre, á V. le es todo indiferente...
 —Sí, señor, todo : ¿no ve V. que soy maestro de escuela?...
 —Es verdad, V. ya no pertenece á este mundo.
 —Ni al otro ; no hay una situacion como la nuestra.



—¿Estará V. contento, D. Facundo?...
 —Mucho.
 —Como V. era tan progresista-radical-democrático.
 —Sí, señor, sí ; pues mire V., me han dejado cesante. Figúrese V. si estaré contento.
 —¡Hombre! ¿á V.?... á un hombre tan benemérito por lo bullanguero, y conspirador, y aficionado á tiros?...
 —Pues sí, señor; me recomendó cuando la revolucion Sagasta, y me colocaron; vino luego Zorrilla, y me quitó; pero me recomendó Mártos, y un dia ántes de caer Zorrilla, éste me colocó ; volvió Sagasta, me vió colocado por Zorrilla, y me echó ; cayó Sagasta, me recomendó Balaguer, y me colocaron ; pero cayó Balaguer y volvió Zorrilla, y al verme colocado por Balaguer, me ha limpiado otra vez el comedero.
 —Pero ahora busca V. otra recomendacion, y le colocarán.
 —Justo, y en volviendo Balaguer, me volverá á echar.
 —¿Y qué va V. á hacerse?...
 —Me voy á hacer petrolero.
 —¡Bonito oficio!...



—Supongo, amigo D. Fermin, que en las nuevas elecciones será V. diputado.
 —No, señor, me retraigo.
 —¿Por qué?...
 —Porque me ha costado 2.000 duros serlo unos dias en estas últimas Córtes, y aún los debo.
 —Para tan corto tiempo me parece un poquito caro el gustazo.
 —Ya lo ve V., yo lo quise ser para ver si me daban una gran cruz, que mi mujer está penada por tener excelencia... y me he quedado sin gran cruz y sin dinero.
 —Hágase V. radical.
 —De eso trato; voy á ver si así consigo siquiera la gran cruz.
 —Sí, hombre, se la darán á V.; yo creo que el mejor dia se van á pregonar por las calles por los chicos que venden á real y medio tubos.



—¡Hombre! advierto que V. sabe ántes que nadie todas las noticias y lo que dicen los prohombres de la situacion.
 —Amigo, pues todo me lo cuentan.
 —¿Y en qué fuentes bebe V?...
 —Yo no bebo en ninguna fuente, pero conozco á una persona que oye á los políticos todos los más graves secretos y todo lo que cuentan de D. Amadeo ; en fin, que lo sabe todo.
 —¿Y quién es esa importante persona para la que no tienen secretos los hombres de Estado radicales?...
 —Es un vecino mio, camarero en la fonda de Fornos.
 —¡Ah! comprendo ; en efecto, las noticias que V. tiene no pueden ser de más seguro origen.



—¿Ha leído V. la circular de Ruiz Zorrilla?...

—Sí, señor, está muy bien.

—Ya ve V. qué pronto ha recobrado la fe, la energía y todo lo que había perdido cuando se presentó alicaido en el Congreso á decir:—«Ea, yo no juego más.»

—Sí, señor, el remedio ha sido prodigioso.

—No hay como ser ministro para cobrar y recobrarlo todo.



—Señores, yo soy muy aficionado á estadísticas. Tengo datos muy curiosos.

—Yo también.

—Y yo.

—Y yo.

—Yo tengo una nota exacta del número de adoquines que hay en la Carrera de San Jerónimo. Los he contado yo mismo.

—Eso no vale nada: yo tengo una estadística que comprende la relación de las veces que me han picado las pulgas en las quince casas de huéspedes donde he vivido en Madrid. Cada picadura está señalada por un punto, y tengo llena de puntos una resma de papel.

—Yo tengo un estado que comprende el número de escalones que hay en las casas de Madrid, con excepción de cinco ó seis calles. Hace veinte años que estoy dedicado á este trabajo.

—Pues, señores, todo eso es nada comparado con la estadística que yo tengo.

—A ver.

—Tengo la estadística exacta con todos sus detalles de todos los arreglos que se han hecho en el personal del ministerio de la Gobernación.

—Estamos vencidos.

—Nos ha echado V. la pata.

—Ese trabajo merecía publicarse.

—No puede ser; sería una obra costosísima, y ningún suscriptor podría verla terminada, por mucho que viviera.



—¿Conque van Vds. á traer al príncipe Alfonso?...

—No, señor.

—¿Pues no son Vds. y sus amigos tan partidarios del príncipe?

—Sí, señor, porque vemos que no hay otra salida y que será un bien para España.

—Y entónces, ¿cómo no son Vds. los que le traen?

—No, señor; los que le traen son los revolucionarios, que tienen empeño en hacer ver al país que ellos no pueden consolidar nada y que la revolución ha sido una gran calamidad, y ellos son los que harán de modo que llegue un momento en que todo el mundo sea de nuestro parecer.

—Ya es mucha la gente que está desengañada.

—Mire V., los mismos revolucionarios, cuando no mandan, dicen que no hay otra solución.

—Lo malo es que haya desunión entre los que desean esa solución.

—Siempre ha de haber en todas partes discolos, pero por fortuna los que hacen alarde de cierta inconveniente intransigencia son pocos; acaso no pasan de cuarenta.

—Debieran haber publicado las firmas en el manifiesto que insertó *El Eco de España*.

—Habrá sido por modestia no publicarlas.

—De todos modos, es de desear la unión entre todos los que levantan esa bandera; y deben estrechar esa unión, siquiera para no parecerse á los revolucionarios, que no han sabido mantenerse avenidos, y por esto precisamente no pueden fundar nada estable ni duradero.



—Ya sabe V. que se van á dar las armas á todo el mundo.

—Eso es ir preparando el advenimiento de la parodia de la *Commune*.

—Aquí tenemos que pasar por todo ántes de que se forme una situación definitiva.

—¡Bonito porvenir!...

—Amigo, no hay otro remedio; hay que recoger lo que se ha sembrado.

—Pues estamos aviados.

TRABAJO, POBREZA, RIQUEZA Y LUJO (1)

Creemos demasiado clara y perspicaz la inteligencia del sensato pueblo español, para que pueda jorjarse ilusiones fatales, basadas sobre la idea perturbadora que ha lanzado el espíritu revolucionario, como un proyectil, en las clases de la sociedad en las que más daño puede causar y causa. Esta idea, que los mismos que la propagan creen una utopía (esto es, imposible en la práctica), es que en el mundo no debe haber pobres ni ricos: lástima es que no añadan que no debe haber discretos ni tontos, feos ni bonitos, altos ni bajos, gordos ni flacos, niños ni viejos.

No ignora el pueblo español el origen del mundo y la marcha sucesiva que la Providencia divina ha trazado á la humanidad, y que esta ha seguido á pasos lentos al través de los siglos. Cuando el globo despoblado era un baldío; mientras que los habitantes racionales estaban reducidos á los comunes padres Adán y Eva y á las primeras generaciones de su descendencia, no se puede decir con rigurosa exactitud que hubiera *pobres* ni *ricos*: lo más que podía haber era *laboriosos* y *holgazanes*: las palabras *pobreza* y *riqueza* no tenían aplicación, si por pobreza se entiende el carecer de lo preciso para satisfacer las necesidades *naturales*, y por *riqueza* tener además para satisfacer las necesidades *ficticias* que aquella ha creado. Tomar los frutos que la naturaleza espontáneamente ofrecía; preparar la tierra con imperfectas labores, que serían propiamente ensayos, sembrar y recoger algunos otros que apenas se pueden obtener sin cultivo, y guardar los ganados, fueron necesariamente *los trabajos* en aquellos primitivos tiempos, constitutivos de la única propiedad que podía existir.

Progresivamente, cumpliéndose así los designios de la

(1) Es tan oportuno é importante este artículo del insigne Fernán Caballero, publicado por la excelente revista *La Defensa de la Sociedad*, que creemos que nuestros lectores le verán con agrado en EL CASCABEL, contribuyendo así á que tenga mayor publicidad.

Providencia, fué creciendo la poblacion, se aumentó el número de los séres que constituyen la especie humana, se aumentaron los brazos para cultivar la tierra, se aumentaron las necesidades, y con éstas los trabajos, que habian de unir á los hombres y hacerlos necesarios los unos á los otros, formando sus mútuas necesidades una magna cadena que los enlazase, y que en su dia habia de circundar al mundo.

Si la tierra y los animales habian suministrado las primeras materias para la confeccion de las habitaciones, utensilios y telas para alojar y abrigar á los hombres; esto es, la piedra, la madera, el hierro, el barro, la lana, el lino, la seda y demas, la industria nació para utilizarlas y formar el mutuo apoyo entre el que trabaja y el que retribuye su trabajo.

A medida que aumentaba el número de los individuos que componian los pueblos, se aumentaban las necesidades y exigencias de la vida, y se multiplicaron los objetos, y las aplicaciones y las formas y los adelantos del trabajo, y se creó su natural producto, el *capital*, y hubo *riqueza*, y existió su necesario efecto, el *lujo*, y nacieron las *artes*, hijas legítimas de la riqueza, como esta lo es del capital, que lo es del trabajo, ó, mejor dicho, es el trabajo mismo acumulado. Así que las artes de lujo suministran objetos para el empleo de la riqueza, siendo como la materia en que esta se ejercita, y la riqueza alimenta y sostiene las artes de lujo, ¿por qué, pues, condenar el lujo en absoluto? Sólo es censurable cuando su objeto es inmoral, y cuando es inmoderado y repugnante.

El *trabajo*, se acaba de decir, produjo el *capital*, y este la *riqueza*; pero no todo trabajo, ni el trabajo de todos, sino el trabajo útil y apreciado, y el de los operarios y artistas diestros, laboriosos y económicos: naciendo de esto necesariamente que el trabajo haya producido en algunos casos, desgraciadamente los ménos, ahorro, cuya conservacion y acumulacion constituye el capital, y en otros muchos no; que haya *riqueza* y *pobreza*; *necesidad* no satisfecha y *lujo*.

¡Riqueza! ¡Lujo! Sin fundamento lo acrimina el pobre corto de alcances y de mala condicion, siendo una de las principales fuentes de su existencia y de su bienestar, pues el bienestar del pobre honrado es tener trabajo, y el lujo del rico es el que se lo proporciona. El dinero es como el agua, que, en su curso natural, no se estanca; toda en definitiva, sea en pequeños arroyos, sea en impetuosos torrentes, va á refluir al mar, y desaparece confundida en su inmensidad (esto es, que se gasta) para volver á circular en nubes varias, que la vuelven á derramar sobre la tierra que alimenta. ¿Por qué, pues, al ver el palacio y los trenes del poderoso, en lugar de indignarse, llevado á ello por los móviles de la soberbia, de la malevolencia y de la envidia. no se hace el pobre sensato estas reflexiones cuerdas? «¡Bendita sea la mano de la Providencia divina, que dió á este poderoso los medios y la voluntad de expender su dinero, y emplearlo en cosas que han dado trabajo á tantos brazos, y con esto alimentado á tantas familias! Aun cuando la vanidad fuera el origen y la causa de tales dispendios; aun cuando este *mi juicio temerario* fuese cierto, á mí y á otros que disfrutamos de los beneficios trascendentales de la ri-

queza y del lujo, no nos toca anatematizarlo, sino bendecirlo.

El pobre no conoce todas las ventajas del trabajo, porque no sabe las desventajas de la vida ociosa, que es nociva para el cuerpo y llena de peligros para el alma. Al pobre, con la palabra *trabajo*, sólo se le presenta á la mente la fatiga y el cansancio que le son anejos; pero ¿por qué no considera con benevolencia y equidad hácia la vida, y gratitud hácia Dios, que es el supremo compensador, los bienes incalculables que del trabajo dimanen? Son, en lo físico, la salud, la fuerza, el vigor, la sin par dulzura del descanso, de que no puede gozar el que no esté cansado; es lo bien que le sabe su sencillo alimento, mientras que al ocioso le hastia el suyo, por refinado que sea. Esto lo comprende el buen sentido del pueblo, puesto que en una de sus agudas coplas de esta suerte lo expresa:

Desde que te has puesto rico
te veo ahito y desganado.
¡Qué bien me sabe mi pan
después de haberlo ganado!

Pero sobre todo, puesto que no consiste la vida del hombre como la de los animales, sólo en comer y beber, debe considerar el pobre la grande ventaja moral que su pobreza le proporciona con la ausencia de afanes, cuidados y compromisos, incomparables satélites de la riqueza. ¡Qué bien lo expresa el pueblo mismo en esta otra copla, que, como muchas de ellas, es un sencillo y pobre estuche que contiene un brillante!

No te cuides de riquezas,
ni las envidies jamás;
el dinero aumenta gustos,
pero aminora la paz.

¿Y qué es lo que en este mundo la puede proporcionar más dulce y completa que la que al pobre honrado debe procurar estas reflexiones, que, al mirar á su mujer y á sus hijos, puede hacerse?

«Soy para ellos todo en este mundo:—á mí me lo deben todo.—Podré en su dia decir al gran Juez, cuando mi cuenta me pida: Señor, seguí tus leyes; tomé compañera ante tus altares, la que amparé y amé; tuve hijos, que hice cristianos, y crié con el sudor de mi frente (¡dichoso aquel que pueda añadir: les enseñé tu divina doctrina y di buenos ejemplos!): mi mision, Señor, está cumplida.»

Así sencilla y clara será en el supremo tribunal la cuenta del pobre honrado, del pobre cristiano. ¿Quién si de esta suerte alcanza la paz en esta vida, la esperanza para la felicidad eterna, no bendice al trabajo y á la pobreza que se la proporcionan?

El mismo pueblo, con el buen sentido y la sana moral que la religion le ha inculcado, ha demostrado la verdad de lo que venimos diciendo en uno de sus cuentos, que demuestran tan profundo conocimiento de la vida y del hombre, y encierran tan elevado sentido moral. Hemos referido ya este cuento en uno de nuestros cuadros de costum-

bres populares, *Simon Verde*; pero viene aquí tan al intento, que lo reproducimos, porque no se debe uno cansar jamás de repetir las cosas buenas.

Un hombre rico tenía cuatro hijas, á las que casó, dando á cada cual en dote una crecida suma de dinero. Pasado tiempo, fué á verlas.

—¿Cómo te va, hija mia? preguntó á la primera.

—¡Ay, padre, muy mal! contestó esta llorando. Desde que mi marido tomó el dinero, dejó de trabajar, se metió en la taberna, en la que se lo gasta todo en vino, viene á su casa borracho, me maltrata, y así soy la más infeliz del mundo.

—No tengas cuidado ni te apures, repuso su padre; en acabándose el dinero no tendrá para vino, ni para comer; le obligará trabajar, y serás feliz.

La segunda de sus hijas se le quejó de que su marido, desde que tomó el dinero, se había metido en garitos, en que pasaba la noche jugando, y perdiendo todo su caudal.

—No te aflijas, la dijo su padre; en acabándose el dinero no podrá jugar; tendrá que trabajar para comer, y serás feliz.

La tercera se le quejó de que desde que había tomado su marido el dinero había dejado de trabajar, había tomado queridas, con las que se lo gastaba todo, y la tenía abandonada.

—No te desconsueles, repuso su padre; en acabándose el dinero se acabaron las queridas; tendrá que trabajar para comer, y serás feliz.

La cuarta contestó llorando á las preguntas que le hizo su padre, y quejándose amargamente de lo avariento de su marido, que no la daba un cuarto por atesorar, y la tenía desnuda y con hambre.

—¡Ay, pobre hija mia! exclamó el padre; ¡hija de mi corazón, que no le veo remedio ni fin á tus males!

Este cuento contiene dos ideas morales: la primera es una admirable enseñanza, mostrando al trabajo como el antidoto y extirpador de los vicios, y presentar en la ausencia de estos y en la pobreza la fuente de la paz y de la felicidad.

La segunda enseñanza que contiene es patentizar que la avaricia es el peor de los vicios, porque ni la edad, ni los escarmientos, ni la necesidad puede influir en su enmienda.

Ahora bien: de la pobreza debe alejarse también ese vicio, que hace al hombre vivir siempre inquieto, y su compañera la envidia, que le hace odiar á los que poseen. Lo que debe ir unido á la pobreza es el ahorro previsor, la honrada economía, que hacen milagros en favor de las pobres familias bien ordenadas.

FERNAN CABALLERO.

CASCABELITOS

—¿Qué le parece á V. el manifiesto de los moderados que ha publicado *El Eco de España*, acerca del príncipe Alfonso?

—Me parece que, aunque digan lo contrario sus auto-

rer, ese manifiesto no quiere decir otra cosa sino que se pretende hacer al príncipe rey para un solo partido, ni más ni menos que los radicales con D. Amadeo.

Se nos prepara un bonito verano.

Para muestra de lo que vamos á ver, se ha hecho el ensayo en Jerez, incendiando y asesinando.

Pero, en fin, todo se puede sufrir si se tiene el consuelo de que Zorrilla mande y esté contento y satisfecha completamente su vanidad.

¿Qué importa que sean asesinados los propietarios oscuros é insignificantes de Jerez?...

¡Lucida cuadrilla de gobernadores ha soltado por esas provincias el gobierno radical!

Cuando el señor Márton fué ministro la otra vez, recuerdo que dijo en las Cortes que los tribunales entenderían en aquello de las cruces que en cierta circular litografiada se efrecían, con su tarifa de precios, como si fueran géneros de algun *Belen*.

Desearíamos saber lo que se haya averiguado, y si no se ha averiguado nada, recordamos al señor ministro su promesa.

Me parece que con decir esto no le faltó á nadie.

Pronto parece que D. Amadeo disolverá las Cortes y se harán nuevas elecciones.

Y puede que haya todavía tontos que vayan á las elecciones.

La eminente actriz, señora Lamadrid, está siendo objeto de grandes ovaciones en Barcelona.

La gran artista representa las obras más notables de su extenso repertorio, llevando al teatro inmensa concurrencia que acredita su buen gusto y gran inteligencia aplaudiéndola con verdadero entusiasmo.

También la compañía de zarzuela del señor Salas ha obtenido gran favor de aquel inteligente público. El señor Salas y las señoritas Velasco y Cortés, especialmente, han logrado gran popularidad entre los barceloneses.

Lo celebramos de todas veras.

Se ha abierto una suscripción para restaurar el mausoleo de Mendizábal.

Propongo otra para hacer un traje de verano y un honguito á la estatua de dicho señor, que está asándose con capa crecedera y sin sombrero en medio de la plaza del Progreso.

Da pena ver á aquel señor con capa en este tiempo.

Un periódico revolucionario sagastista escribe unos versos á Zorrilla, y entre otros piropos le dice:

«y en todo cuanto hablas no dices más que *mí!*»

¡Digo! ¡cómo se tratan los que hicieron la revolución!

Cosas así no las dicen á los revolucionarios los carlistas, ni los moderados, ni nadie; ellos solos son capaces de tratarse así.



—¿Qué gobierno prefiere V., el de Sagasta ó el de Zorrilla?...

Diré á V.: cuando manda Sagasta, prefiero el de Zorrilla, y cuando manda Zorrilla, prefiero el de Sagasta, pero me parece que sería preferible al del uno y al del otro, el del mismísimo Muley-Abas.



Bárcia que se iba ó se fué á Marruecos desengañado, se vuelve á España.

Él habrá dicho que lo mismo da estar aquí que allí, pero creo que aquí va á tener más disgustos.



Copiamos parte del nuevo Prospecto de los populares

CUENTOS DE SALON.

«Debiendo concluir en fin de Junio la primera legislatura de nuestras tareas, y estando dispuestos á prorogarlas hasta la consumacion de los siglos, Dios y la política mediante, para corresponder al voto de confianza que el pueblo nos ha concedido... Lo cual, en buen castellano, quiere decir que con el tomo de los *Cuentos de salon* que saldrá en este mes, concluye el semestre, y los autores-editores de la *Biblioteca de la familia* se creen obligados á dirigir la voz al público para darle gracias por el extremado favor con que ha acogido sus libros, anunciándole de paso que desean mostrar su agradecimiento, siquiera para probar que conservan esta virtud, perdida en el siglo, entre tantas cosas como se han perdido y no se encuentran, á pesar de las luces del gas y del petróleo, que alumbran, y lo que es peor, que quemán.

La moral triunfa siempre; el éxito de los *Cuentos de salon* es el triunfo de *la idea*. No queremos envanecernos; lo que queremos es que las personas honradas de todas las clases sociales lean nuestros libros; y como á nadie es permitiéndoles leerlos sin comprarlos, la deducción es lógica.

El público sabe ya lo que hemos hecho hasta aquí. En el segundo semestre de 1872 vamos á ofrecer á los favorecedores de la *Biblioteca de la familia* dos novelas de mayores dimensiones para aumentar el interés de la lectura. Así, pues, conste que en el semestre de Julio á Diciembre aparecerán en los *Cuentos de salon* las siguientes obras:

Madrid por dentro, fotografía social de la vida de la corte, por Teodoro Guerrero. Dos tomos.

El hijo del sacristán, por C. Frontaura. Dos tomos.

La manzana de la discordia y *El sueño de la felicidad*, por Guerrero. Un tomo.

Las madres, por Frontaura. Un tomo.

Denos Dios salud, y con ayuda de Dios y del público. escribiremos más libros que el Tostado, y lograremos hacer la felicidad de los lectores de los *Cuentos de salon*, y por supuesto de la patria, misión que todos los españoles ofrecen siempre cumplir... en sus programas.

Ya saben Vds. que en la administración de *El Cascabel* se hacen suscripciones y se venden los tomos publicados.



Ruiz Zorrilla en su circular habla de las clases conservadoras, es decir, de la parte productora y trabajadora del país, con cierto desden radical propio del famoso Tablaño.

Dice: *las que suelen llamarse clases conservadoras.*

¡Ja, ja! la mayoría sensata, trabajadora y productora del país tratada así por Ruiz Zorrilla.



Parece que en efecto mi señor D. Amadeo quiere hacer un viaje á las provincias del Norte.

Un poco tarde es, si es verdad que se acaban las partidas.



La circular de Ruiz Zorrilla viene á decir lo siguiente: Caballeros, no empujar, orden, paciencia, tranquilidad, y lo dicho, no empujar, que ahora estamos los radicales en el poder, y no lo queremos soltar.

Conque, boca abajo todo el mundo, y no molestar á don Manolito y los suyos, que ahora se meriendan el presupuesto; no hay que incomodarlos en tan *patriótica* empresa.



Ha reaparecido el antiguo periódico progresista *El Clamor Público*, que reniega de la revolución de Setiembre.

Me alegro de saber que todavía hay progresistas sensatos y verdaderos patriotas que no se quieren hacer radicales ni cimbras.

Bien venido sea *El Clamor Público*.



El otro día salió *El Debate* diciendo unas cuantas agudezas á propósito de la oposición que hace EL CASCABEL á la revolución setembrina, y así como extrañándose de esta oposición, porque EL CASCABEL tenía otra actitud cuando se hizo aquella funesta revolución.

Señor *Debate*, eso no quiere decir otra cosa sino que nuestra buena fe nos hizo creer que los revolucionarios traían las buenas intenciones y los salvadores proyectos con que engañaron á los incautos, en cuyo número nos incluimos.

Luego hemos visto, muy poco después de la revolución lo empezamos á ver, que todas aquellas promesas eran una mentira, y desde entonces acá hemos visto tales cosas, tan indignos abusos, tan estupendas farsas, tal derroche, tal inmoralidad, tal escándalo, que no podemos menos de renegar de la *gloriosa*, y decir contritos y arrepentidos que

fuimos unos infelices, dejándonos embaucar por la cuadrilla revolucionaria.

Y á *El Debate* no le debe extrañar este firme y sincero arrepentimiento nuestro, porque demasiado sabe que son muchos los que, á pesar de que tomaron parte en aquel lio, están arrepentidos de veras.

Conque abur, señor *Debate*; páselo V. bien, y besitos á D. Amadeo.



La señora Anguinet hace prodigios en sus funciones de prestidigitacion en el teatro de Variedades.

Vayan Vds. á ver á esa señora, y pasarán un buen rato.



El número de Los Niños correspondiente al 30 de Junio, contiene: *A los niños: lecciones de Salomon. Un caballo inteligente y agradecido*, con lámina. D. Manuel J. Quintana (con el retrato). *Amor al trabajo*, por D. J. Fernandez Espino. D. Bernardo Lopez, por Roca (con el retrato). *Geometría de los niños*, por Thuillier. A los suscritores. Índice del tomo quinto y portadas.

En el mes próximo comenzará el tomo sexto de esta preciosa publicacion, que recomendamos á todos los padres de familia, celosos de la buena educacion y del porvenir de sus hijos.



Nos suplican muchas personas que pidamos á las empresas de ferro-carriles que extiendan á los billetes de primera clase la rebaja de precios en los trenes de verano.



Mil y mil plácemes debemos dar al señor marqués de Dos Hermanas por su bella traduccion de las obras de Shakspeare.

El señor marqués ha dado cima á un trabajo difficilísimo, y el desempeño no ha podido ser más acertado. El tomo que hemos visto contiene *El mercader de Venecia*, y ahora se va á publicar *Otelo*, segun tenemos entendido.

La edicion que el señor marqués hace para repartirla entre sus amigos y las corporaciones sabias, es muy notable, y honra al establecimiento tipográfico de Berenguillo, donde se imprime.

NECROLOGIA

Ha fallecido en Barcelona nuestro querido y respetable amigo D. Antonio Buxeres, á los 82 años de edad. Este verdadero hombre de bien era uno de los veteranos de la guerra de la Independencia, ayudante y amigo que fué del ilustre general Manso, cuya historia se habia ocupado en escribir en estos últimos años.

Desempeñó con notorio acierto y acrisolada lealtad im-

portantes cargos en Barcelona, y era una de las personas más queridas y respetadas en aquella poblacion.

Damos el más sincero pésame á su hijo don José, que puede estar orgulloso de haber tenido tan buen padre, como este lo estaba de tener tan excelente hijo, y encomendamos á Dios el alma buena de tan benemérito y distinguido patricio.

ADVERTENCIA.

Advertimos á nuestros amables suscritores cuyo abono termina en Junio ó en Julio, que han de renovar antes del 15 del citado mes de Junio para tener derecho al importante regalo que vamos á hacer á nuestros favorecedores.

No descuidarse, pues, y renueven prontito los que gusten seguir favoreciéndonos, y les quedaremos agradecidos.

LOS NIÑOS

REVISTA DE EDUCACION Y RECREO

DIRIGIDA POR

Don Carlos Frontaura

Se han publicado cinco tomos, y va á empezar la publicacion del sexto.

Salen tres números al mes, impresos en magnífico papel, con profusion de bellos grabados.

Precios: en Madrid 12 rs. trimestre, 22 semestre y 40 año; en provincias 15, 28 y 50 respectivamente.

Los tomos publicados se venden á 24 rs. cada uno en Madrid y 30 en provincias. Dirigir los pedidos de Madrid y provincias á la Administracion, plaza de Matute, 2.

MARAVILLOSO DESCUBRIMIENTO

NO MAS CABELLO BLANCO

POMADA REGENERADORA

Unica composicion que devuelve al cabello su primitivo color rubio, castaño ó negro, sin ninguna preparacion ni manchar.

Depósitos en Madrid, Puerta del Sol, núm. 5, portería; Concepcion Jerónima, 18; calle de Atocha, 87.

MADRID:—1872

IMPRESA DE EL CASCABEL Y COSAS DEL AÑO

Calle del Cid, número 4 (Recoletos).